

ADIÓS ALICIA

PEDRO TRIGO

Adiós Alicia es el problema de una muchacha cuya madre murió al darle a luz y que vive con su padre. El padre es una persona apagada, indiferente, anclado en la muerte de su esposa, negándose a asumir a su hija y vengándose así de esa muerte que él considera un abandono. El resentimiento se recubre con una veneración religiosa con lo que siempre está presente e indiscutible la ausencia materna. Una vieja sirvienta, especie de erguida ama de llaves, en su puesto siempre como el padre pero como él distante completa el tríptico familiar. Y la casa, una típica casa urbana del siglo pasado, solemne, enfundada y fría.

El otro mundo es el de la educación en un colegio de monjas. Un mundo sutilmente competitivo, hecho a base de premios y castigos temporales y eternos donde la perfecta docilidad e integración recibe la gratificación de la ponderación modélica y donde la no participación es multada con la privación de afecto. Un mundo en el que la vida aparece como una lucha entre la pureza y el pecado, entre la Virgen y Satanás, la Bella y la Bestia, la madre y la muerte monstruosa que la arrebató para poseerla.

En este mundo la muchachita se siente negada como ser necesitado de afecto y huye hacia el cuarto intocado de su madre, se reviste de sus ropas y posee sus objetos intentando recuperar su vida, recibir el amor que ella recibió y que su padre le niega, intentando también recibir su amor de madre que no conoció. Pero la imagen de su madre se le escapa y no logra conquistar el cariño paterno.

Entonces viene en su ayuda el cine. La niña se proyecta como jovencita encantadora que protagoniza las películas. Pero las películas son sadomasoquistas: los besos vienen después de las bofetadas y una y otra vez asciende el escamoso monstruo marino para que ella yazga sin aliento entre sus brazos. Con las pupilas dilatadas ella revive cada noche su delicioso e incomprensible tormento. Pero las únicas bofetadas reales serán las del padre que le prohíbe ver las películas, que le niega también inexorablemente esta vía de realización afectiva.

La muchacha imagina entonces la castración simbólica del padre: su invalidez, para que tenga que depender de ella. Pero esto tampoco soluciona nada, más bien mata la posibilidad de realizarse como mujer. Al contemplar este futuro, la niña destruye su imagen y quema su mundo. ¿Liberación o muerte?

Quizás, sea más bien adolescente la que haya contado todo para condenar así

al pasado a la imagen de la niña. Hasta que, cuando lo cree consumado, sobreviene la muerte como la insurrección del pasado que se creía abolido, el pasado que imposibilita la plasmación real de los antiguos sueños. Y de este modo los cumple.

Creemos que Adiós Alicia realiza una dimensión hasta hoy inédita en el cine venezolano. Ese es su mérito. Pero la realiza idealísticamente. Y en esto consistiría su limitación.

Los personajes de nuestro cine serían ante todo seres sensibles, animales sensitivos y ubicuos que habitan un medio inestable y poroso, de relaciones no bien definidas; animales que producen su vida azarosamente, un poco como los pueblos recolectores, y que celebran frecuentemente su fugaz existencia consolándose de sus sinsabores. Seres moldeados por el ambiente, amoldados a él para sacarle todo su jugo agríndice. En este sentido hablaríamos del trasfondo materialista de nuestro cine, expresión de una sociedad que no quisiera tomar sobre sí la responsabilidad de la historia.

Adiós Alicia realiza el postulado del hombre como sujeto. El hombre creador de su mundo, el hombre guionista de su futuro y autor por la memoria de su pasado. El hombre como el animal dotado de una dimensión propia, intrasferible y autogenerada por él, de un mundo interior en el que propiamente habita y a través del cual organiza su relación con los otros hombres.

Por la imaginación selecciona el pasado y lo transforma de modo que el presente sea posible como algo con sentido. Y por la imaginación proyecta su vida y se previene exorcizando el porvenir previsto y transformando así el presente.

Pero naturalmente ese mundo interior del personaje no es el mundo de las ideas platónicas; es el resultado del trabajo de la sique sobre el mundo exterior, un trabajo guiado inevitablemente por la necesidad y el deseo. Ellos seleccionan los materiales, los ordenan en secuencias, los valorizan y los transforman. A través de estos mecanismos se realiza alucinatoriamente el deseo y consumado se niega matando el mundo que creó.

¿Y cuál es la materia de este mundo interior? No sería primordialmente la vivencia de la naturaleza ni el trabajo humano; tampoco sería directamente las relaciones sociales, poco gratificantes. Serían más bien el cine, los posters, los comics y los estereotipos de la educación religiosa. Los materiales de la imagina-

ción serían de este modo otros materiales de imaginación, materiales manipulados, prefabricados como alma de este mundo sin alma, como la flor sintética de un mundo de mercancías.

De este modo la recreación del mundo que lleva a cabo el sujeto humano para poder realizar su vida se convierte en un círculo vicioso: son los propios fantasmas los que se agrandan a costa de los propios deseos; le viven a uno y uno experimenta la vida como vida que le es robada. La realización masoquista del deseo coincidirá con la muerte. ¿Muerte del personaje que la persona inventa? ¿Muerte también de la persona?

El fracaso de la protagonista denunciaría la vaciedad, la hipocresía y en el fondo el carácter sádico de la familia, la educación y el mundo imaginífico que nos vende la sociedad de consumo.

¿Dónde radicaría el carácter idealista de Adiós Alicia? En sus coordenadas venezolanas. Es en este sentido una buena película desubicada.

La única película venezolana —por ahora— que parte de la condición del hombre como sujeto creador de su mundo se desarrolla a través de una anécdota completamente atípica, tanto que el espectador la contempla de un modo absolutamente desimplicado, como un caso. De ahí la falta de interés. El problema de la familia venezolana no es precisamente la falta de madre ni el padre cumplidor pero distante ni las fijaciones religiosas del pecado por una educación cristiana rigorista. Y más aún podría decirse del desarrollo del film.

No estamos pidiendo una venezolanidad entendida como un reflejo, como el transcribir al lenguaje cinematográfico lo que ya existía. Hemos exaltado precisamente en Adiós Alicia la dimensión productiva del personaje, ya que en el cine como en las otras manifestaciones artísticas se trata de dotar a la realidad de dimensiones inéditas que la expresen más cabalmente y así ayuden a dominarla.

El problema está en que estas coordenadas no son creación del guionista, no es un mundo inventado, son simplemente coordenadas españolas tal como las expresaran Galdós, Unamuno, Sauras, Pícazo o Buñuel. Ahí está el desenfoque. Y por eso da la impresión de desubicación y, como resultado, la falta de interés. Creemos que hay fallos de guión y en la dirección de actores, sin embargo el ritmo es justo y el juego de cámara da agilidad y frescura al desarrollo de las secuencias. Hubo er. ciernes una buena película, pero no llegó a encarnar.